



Cuaresma
2023

VÍA CRUCIS
MISIONERO



VÍA CRUCIS MISIONERO

Acto de contrición:

¡Oh, Jesús!, precio de nuestra salud, concédenos, mediante la contemplación de los acerbos dolores que sufriste en el camino del monte Calvario, una gran vergüenza por nuestros pecados y un celo ardiente por la salvación de la humanidad. Haz que sintamos la hermosura de la exhortación que el salmista hace al género humano: “Alaben al Señor todas las gentes. Alaben al Señor todos los pueblos” (*Sal 116, 1*).



PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesús toma sobre sí nuestros pecados y los pecados de todos. En su presencia no hay diferencias: no hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, todos somos uno en Cristo Jesús. Todos somos reos de pecado. Nadie puede decir con verdad: “no tengo pecado”. Sin embargo, nuestro Señor, en quien no hay ni sombra de pecado, se viste la librea de pecador y así “por la obediencia de uno todos seremos salvos”.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, sentenciado por nuestros pecados a morir en la cruz, danos la gracia de arrepentirnos de nuestra soberbia, que te hizo sufrir por nuestra redención y la de muchos que aún están en tinieblas y en sombra de muerte.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús es cargado con la cruz

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesús, nuestro Señor, toma sobre sus hombros la cruz. Uno es Dios; uno también, el mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús, que se dio a sí mismo, como rescate por todos. ¿Por qué existe el sufrimiento? ¿Por qué existe el camino de la cruz? Porque Cristo, que sufrió por mí en el Calvario y sufre ahora en mí y conmigo, quiere purificarme para poder manifestarse mejor a todos. En este pensamiento se esconde el profundo significado del sufrimiento.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, que llevaste la cruz por amor nuestro, haz que aprovechemos el mérito de nuestros sufrimientos; haz que siempre pensemos en aquellos que aún no gozan de tu sacrificio de amor.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez bajo el peso de la cruz

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Muchas veces me encontraré sumergido en la pena, en la angustia y en la tribulación. ¿Podré entonces entender el significado del dolor? ¿Podré comprender el valor de la adversidad? Cristo murió por todos, para que los que vivan, vivan no para ellos mismos, sino para Él, que murió por ellos. ¿Tiene nuestra vida provecho solamente para nosotros? ¿El amor que tenemos a Dios se extiende a todos nuestros hermanos, por quienes también Cristo anduvo el camino del Calvario?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, danos a los que conocemos tu amoroso sacrificio sentir cuán grande es el peso del pecado y de la pena que pesa sobre la humanidad. Concédenos, ¡oh, Señor!, que nuestra oración y nuestro sacrificio aligeren nuestra propia carga y la de los demás.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



CUARTA ESTACIÓN

Jesús encuentra a su santísima madre

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Nuestra señora, transida de dolor, contempla a su Divino Hijo deshecho por nuestros pecados. Ella entendía el significado del dolor. Recordaba que el profeta Simeón le había dicho en el templo que Jesús sería el Salvador de los hombres: “Ya vieron mis ojos a tu Salvador, que preparaste ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”. ¿Cuando el dolor nos abate pensamos, como lo hizo la Virgen Santísima, en que los sufrimientos de Cristo fueron la causa de nuestra salvación?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, que quisiste que tu madre santísima también fuese nuestra, concédenos que su tierna sonrisa de misericordia ilumine nuestra vida y disipe las tinieblas de la mente de los no cristianos, atrayéndolos todos hacia ti.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



QUINTA ESTACIÓN

Jesús es ayudado por el cirineo

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Como otros cirineos, estamos llamados a tomar sobre nosotros el peso de la cruz. Qué triste y vergonzoso sería si rehusáramos compartir con Cristo la carga de la cruz.

Pero, por el contrario, qué hermoso y heroico fuera si, como los apóstoles, nos convertimos por las buenas obras en testigos de Jesús hasta los últimos confines de la tierra. Si queremos ser uno con Jesús, es necesario participar con Él en la tarea de llevar su amor a todas las gentes.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, haz que por medio del buen ejemplo seamos otros cirineos, llevando de buen grado nuestra propia cruz, y así podamos nosotros y los pueblos de toda la tierra participar en el triunfo del Calvario.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

El rostro de Jesucristo es lo más hermoso del cielo y de la tierra. Ese mismo rostro está escondido en la persona de cada uno de nuestros hermanos de todo el mundo, ya sean humildes y santos, ya tristes y desesperados, ya perversos y miserables. Nuestro Señor quiere valerse de nosotros para revelar que el rostro de Jesús es garantía de salvación para aquellos que lo llevan interiormente.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, consolado con la ternura de la Verónica, dignate bendecir a todos los que soportan el flagelo del dolor, para que vengan al conocimiento del infinito amor que te movió a entregarte en holocausto por todo el mundo.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Nuestro Señor no quedó satisfecho, mientras podía hacer algo más para que pudiéramos entrar más libremente al cielo. Él, pudiendo haber borrado todos los dolores y penas de la tierra, quiso, sin embargo, sufrir y morir en medio de la más atroz amargura; así, con este rasgo tan noble, pudo probar su inmenso amor hacia todos nosotros. Mediante las penas y dolores de esta vida podemos dar gloria a Dios y merecer la vida eterna para nosotros y para nuestros hermanos de toda la tierra.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, por tu segunda caída bajo el peso de la cruz, danos la gracia de anunciar a todo el mundo la gloriosa historia del Calvario, y de recibir las bendiciones del sufrimiento por medio del cual nos redimiste con indecibles dolores.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



OCTAVA ESTACIÓN

Jesús consuela a las hijas de Jerusalén

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesús, remedio del alma enferma, es la fuente de felicidad para todos. Él, en medio de su propia agonía en el camino del monte Calvario, vuelve su rostro y dirige palabras de compasión a las mujeres de Jerusalén que, llorando, le seguían. Cristo, en su infinita bondad, sufrió por nuestros pecados para que obtuviéramos la felicidad. ¿Seremos capaces nosotros, que justamente sufrimos por nuestros propios pecados, de aprender como Jesús a entregarnos al servicio de nuestro prójimo, llevando la felicidad a todo el mundo?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, que consolaste a las afligidas hijas de Jerusalén, llena con tu suave mirada nuestra vida, purifícala de toda mancha, muévela a la entrega de sí misma en la tarea de llevar a todos los pueblos los dones de la redención universal.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Nuestro Señor, por tercera vez, cae en las calles de Jerusalén, en medio de las burlas de la soldadesca y los gritos de la multitud. Por el sublime espectáculo de su amor nos exhorta al cumplimiento de sus mandamientos. ¿Qué mandamientos son éstos?

Son dos los principales: Amarás a Dios y Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¿Estamos resueltos a seguir la voluntad y ejemplo de Cristo? ¿Estamos dispuestos a hacer de nuestra vida un holocausto por Él y por nuestros hermanos todos?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, por el inmenso sacrificio que significa tu tercera caída, hazme fiel servidor tuyo y generosamente consagrado a mi prójimo, quien junto conmigo es uno en ti.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

El buen cristiano, mediante el sufrimiento, se despoja de todo menos de Dios. El dolor hace que la vida sea abundante y no vacía; la convierte de triste en alegre, de cobarde en valerosa; transforma el egoísmo en completo sacrificio. ¿Estamos desasidos de todo lo terreno? ¿Sentimos la felicidad de entregarnos al servicio de Cristo y de nuestros hermanos de toda nación, de toda raza, con quienes nos liga la misma sangre redentora?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, que sufriste ser despojado de tus vestiduras, quita de mi corazón todo aquello que lo haga mezquino. Dame la gracia de amarte y de amar a mi prójimo de tal manera que no vacile en entregarme abnegadamente por tu gloria y por el advenimiento de tu Reino.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



DÉCIMA PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesucristo derramó toda su sangre y la dio en rescate por toda la humanidad. Su sangre fue el precio de nuestra salud. ¡Inmenso es el valor de su sangre! ¿Mas cuánto valemos nosotros? Nuestro Señor dio su sangre no sólo por mí, sino también por todos mis hermanos, aunque éstos jamás lo hayan sabido. Lo que dio, lo dio por todo el mundo.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, por el valor de tu preciosa sangre que derramaste por mí en tu pasión y muerte, robustece mi voluntad para servirte con autenticidad y para servir a mis hermanos de toda raza y color.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



DÉCIMA SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesús sobre el monte Calvario pende del madero de la cruz. Así visitó y rescató a su pueblo el Dios de Israel. Se abatió a sí mismo... hasta la muerte y muerte de cruz. Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos.

Oremos:

¡Oh, Jesús!, recordamos con pena que, a causa de nuestra negligencia, apenas una quinta parte de la humanidad ha sido atraída hacia la sombra saludable de la cruz. Queremos servirte por medio de la oración, de las buenas obras y del sacrificio. Deseamos trabajar incesantemente para llevar hacia ti todas las naciones.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



DÉCIMA TERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Jesucristo ha muerto. Su ignominia es completa. El que es Dios y que está sobre todos ha muerto con la muerte más degradante. Deshecho y exánime lo bajan de la cruz. ¿Nos olvidamos de nosotros mismos para cumplir mejor con los deberes para con Cristo y para con nuestro prójimo, tan estrechamente ligado con Él?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, verdaderamente has conquistado el glorioso título de “Rey de los mártires”. Siempre has pedido entusiasmo y olvido de nosotros, con lo cual tú sólo puedes ser amado y las almas salvadas. Ojalá pudiéramos arrostrar sacrificios, aun los más grandes, para hacer que todos te conozcan y amen.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.



DÉCIMA CUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro

Dirigente:

Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos,

Todos:

Porque por tu santa cruz redimiste al mundo, y a mí, pecador.

Contemplar a Jesús en la tumba es contemplar la grandiosa hazaña de la redención plenamente realizada. Ahora podemos recordar las palabras del Apóstol: todos los que invoquen al Señor serán salvos.

Más ¿cómo invocarán a Aquél en quien no creyeron? ¿Y cómo creerán en Aquél de quien no oyeron? ¿Y cómo oirán sin haber quién predique? ¿Y quién predicará, si no hay enviados? ¿Cooperemos nosotros con nuestra oración y nuestras buenas obras a la redención de todos los pueblos?

Oremos:

¡Oh, Jesús!, al verte en la paz del sepulcro, mi egoísmo me hierde como un azote, mi vida me parece sin valor. Concédeme la fuerza y el entusiasmo para sacrificarme por la redención de toda la humanidad. Dame la generosidad que llevó a Cristo hasta el Calvario.

Dirigente:

Señor, pequé, ten misericordia de mí.

Todos:

Pecamos, Señor, y nos pesa; ten misericordia de nosotros.

Oración final:

¡Oh, Dios!, que tanto amaste al mundo, que entregaste a tu unigénito Hijo por la salvación de todos, concédeme que yo también sepa entregarme con generosidad a los demás. Haz, Señor, que por mi vida de entrega a mi prójimo merezca el último día unirme a la multitud de hombres y mujeres de todas las naciones, de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las lenguas, que estará ante tu trono, cantando: "Alabanza sea dada a nuestro Dios, que por su santa cruz ha redimido al mundo". Amén.



MISIONEROS
DE GUADALUPE^{AR}